UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

¡EL PAPA HA MUERTO!

(CUENTO)

He pasado mi infancia en una gran ciudad de provincia, cortada en dos por un río caudaloso y embravecido, donde tomé el gusto por los viajes y la pasión por la vida marítima. Hay allí sobre todo un puentecillo en el cual nunca pienso sin emocionarme. Aún me parece ver el cartelón clavado en un poste:

CORNET, BOTES DE ALQUILER;

la pequeña escalera que se sumerge en el agua, resbaladiza y ennegreci-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

da por la humedad; la flotilla de barcas pintadas recientemente con colores vivos, alineándose bajo la escalera, balanceándose suavemente y como aligeradas por sus bonitos nombres escritos en letras blancas, el *Pájaro Mosca*, la *Golondrina*.

Y luego, el tío Cornet, con su tarro de pintura, sus grandes pinceles, su cara curtida, arrugada y con mil pequeños hoyuelos, como el río en una tarde de viento fresco... ¡Oh, este tío Cornet! Ha sido el Satanás de mi infancia, mi pasión dolorosa, mi pecado, mi remordimiento. ¡Me ha hecho cometer tantos crímenes por sus barcas! No iba á la escuela; vendía mis libros. ¡Qué no hubiera vendido por remar todo un medio día!

Allá en el fondo de mi bote mis

cuadernos de clase, el sombrero echado atrás y sintiendo en las sienes el suave aleteo, como de abanico, de la brisa del río, remaba con firmeza, frunciendo las cejas para darme todo el aire de un viejo lobo marino. ¡Qué triunfo el mezclarme en este gran movimiento de barcas, de canoas, de trenes de madera, todos costeándose, evitándose y separados solamente por un ligero encaje de espuma.

De repente las ruedas de un vapor batían el agua cerca de mí, y una pesada sombra me envolvía.

¡Cuidado, granuja!—me gritaba una voz enronquecida;—y sudaba, me esforzaba, atolondrado en aquel vaivén de la vida del río, que la vida de la calle atravesaba incesantemente sobre sus puentecillos.

Algunas veces tenía la suerte de

encontrar la *cadena*. Pronto me agarraba y me unía al largo tren de botes remolcados, dejándome llevar por la corriente silenciosa que cortaba al río en largas cintas de espuma. Allá lejos, muy lejos, oía el ruido monótono de la hélice; luego, un perro que ladraba en una de las barcas, y un hilo azulado que salía de una chimenea, y todo esto me parecía la ilusión de un gran viaje y de la verdadera vida á bordo.

Muchas veces, cuando no encontraba la *cadena*, era necesario remar, y remar á las horas del sol. ¡Oh, los ardientes rayos cayendo á plomo sobre el río, aún parece que me queman! Todo era llamas, todo reverberaba en aquella atmósfera luminosa y sonora en que los movimientos vibran; y los remos y las cuerdas, chorreando, daban luces

vivísimas como de plata bruñida. Y remaba cerrando los ojos. Por momentos, al vigor de mis esfuerzos, al empuje del agua bajo la barca, me figuraba que iba con rapidez; pero, volviendo la vista atrás, veía siempre el mismo árbol y el mismo muro en la orilla.

En fin: toda aquella batahola cesaba. Los jardines de los *faubourgs*, las chimeneas de las fábricas se reflejaban de vez en cuando, y allá en el horizonte temblaban las verdes islas. Entonces, no pudiendo más, me retiraba á la orilla en medio de los rosales poblados de abejas; y allí, fatigado por el calor, aquel pesado calor que subía del agua, el viejo lobo marino se estaba, rascándose la nariz, horas enteras en muda contemplación. Nunca mis viajes tuvieron otro desenlace. Pero, ¿qué

queréis? Yo encontraba esto delicioso.

Lo terrible, sí, era la vuelta, la entrada á mi casa. Por más que hacía, siempre llegaba tarde, mucho después de pasadas las clases. ¡Y cómo aumentaba mi remordimiento la caída de la tarde melancólica, las lámparas de gas ya encendidas, el toque de retreta, la oración! ¡Y cómo me causaba envidia el ver á las gentes que pasaban, entrando á sus casas con aquella tranquilidad, después de haber cumplido con sus deberes! Y corría con la cabeza pesada, brumosa, llena de sol y de agua, con el zumbido del río aún en los oídos, y con el rubor de la mentira impreso ya en el rostro.

Porque era necesaria una cada vez para hacer frente á aquel terrible ¿de dónde vienes? con que me

recibían á la puerta. Este interrogatorio á la llegada era lo que más me atormentaba. Debía responder inmediatamente, sin cortarme y con firmeza; contar una historia pronto, alguna cosa asombrosa y extraña para que la sorpresa suspendiera todo recelo. Y para esto tenía necesidad de pensar y tomar aliento. Inventaba siniestros, revoluciones, cosas terribles; una parte de la ciudad en llamas; el puente del ferrocarril roto.

Pero nada encontré tan fuerte como ésto:

Un día llegué más tarde que de costumbre. Mi madre, que me esperaba desde hacía rato, estaba acechándome en la escalera con el terrible ¿de dónde vienes?

No tuve tiempo de prepararme; había llegado demasiado pronto...

Esta vez, pensé, me pillaron. De repente se me pasó una idea loca. Sabía que mi madre era muy piadosa y católica, ¡y mucho! y le respondí con toda la pena de una gran emoción:

—¡Oh, mamá; si supieras!...

—¿Qué, pues, qué hay?

—¡El Papa ha muerto!

—¡El Papa ha muerto!—exclamó la pobre—y se apoyó contra la pared. Pasé inmediatamente á mi cuarto, un poco espantado de mi salida y de la enormidad de la mentira. Lo recuerdo, una noche silenciosa y fúnebre; el padre grave y la madre aterrada. Se hablaba quedito. Yo bajaba los ojos; nadie se acordaba ya de mi escapatoria, con la desolación de la noticia.

Cada uno citaba, á porfía, algún rasgo de la vida del pobre Papa

Pío IX; después, poco á poco, la conversación se extendió sobre la historia de los Papas. Tía Rosa habló de Pío VII, á quien recordaba haber visto pasar en el fondo de una silla de posta, entre gendarmes, allá, en el Mediodía. Y luego la famosa escena con el Emperador: ¡Cómico... trájico!...

Era la centésima vez que la oía, esa terrible escena, siempre con la misma entonación, los mismos gestos y aquel carácter estereotipado en las tradiciones de familia que se van legando como historias de convento. Y nunca me había parecido tan interesante.

Escuchaba con suspiros hipócritas, con un aire de interés, y á cada instante decía para mí:

—Mañana por la mañana, cuando sepan que el Papa no ha muerto,

será tanta su alegría, que ni me regañarán.

Y pensando en esto, mis ojos se cerraban á pesar mío, y tenía visiones de pequeñas barcas pintadas de azul, en un rinconcito del Saône, y los remos chorreando gotas diamantinas.

PAISAJES GASTRONÓMICOS

La marinada.

Bordeábamos al largo por las costas de Cerdeña, hacia la isla de la Magdalena, una mañana de paseo. Los remeros bogaban con lentitud, é inclinado sobre una borda veía el mar, claro como una fuente, atravesado hasta el fondo por el sol. Entre las hierbas marinas desperezábanse las medusas, las estrellas de mar. Gruesas langostas dormían inmóviles, agachando sus largos cuernos sobre